

mismos parciales reconocen alguno de santidad sobresaliente. Uno, ó otro, que se quisieron meter á Profetas, fueron la risa de los pueblos al ver falsificadas sus profecías, como sucedió en nuestros tiempos á Mons. Jurieu, cuyas erradas predicciones aun hoy son oprobrio de los Protestantes. La segunda excepcion es, que entre esos mismos hereges doctos falta el consentimiento: *Unusquisque in viam suam declinavit*. Tan lexos van de estar unos con otros de acuerdo, que ni aun lo está alguno de ellos consigo mismo. Es materia de lástima; y de risa ver en sus propios escritos las frecuentes contradicciones de los mayores hombres que han tenido; y esto en los artículos mas substanciales. Este fue el grande argumento con que azotó terriblemente á todos los hereges el insigne Obispo Meldense Jacobo Benigno Bosuet, en su historia de las Variaciones de las Iglesias Protestantes. Duélome mucho de que esta maravillosa obra no esté traducida en todas las lenguas Europeas; pues ni aun sé que haya salido hasta ahora de el Idioma Frances al Latino, quando otros libros inútiles, y aun nocivos, hallan traductores en todas las naciones.

25 No obstante todo lo dicho en este capítulo, concluiré señalando dos sentidos, en los cuales únicamente, y no en otro alguno, tiene verdad la máxima de que la voz de el pueblo es voz de Dios. El primero es, tomando por voz de el pueblo el unánime consentimiento de todo el pueblo de Dios: esto es, de la Iglesia universal; la qual es cierto no puede errar en las materias de Fé, no por imposibilidad antecedente, que se siga á la naturaleza de las cosas, si por la promesa que Christo la hizo de su continua asistencia, y de la de el Espíritu Santo en ella. Dixe *todo el pueblo de Dios*, porque una gran parte de la Iglesia puede errar, y de hecho erró en el gran cisma de el Occidente; pues los Reynos de Francia, Castilla, Aragon, y Escocia tenían por legitimo Papa á Clemente VII. El

resto de la Christiandad adoraba á Urbano VI, y de los dos partidos es evidente que alguno erraba. Prueba concluyente de que dentro de la misma Christiandad puede errar en cosas muy substanciales, no solo algun pueblo grande, pero aun la coleccion de muchos pueblos, y Coronas.

26 El segundo sentido verdadero de aquella máxima es, tomando por voz de el pueblo la de todo el género humano. Es por lo menos moralmente imposible que todas las naciones de el mundo convengan en algun error. Y así el consentimiento de toda la tierra en creer la existencia de Dios, se tiene entre los doctos por una de las pruebas concluyentes de este artículo.

VIRTUD , Y VICIO.

DISCURSO SEGUNDO.

§. I.

1 Cada mortal (decia Filon, citado por S. Ambrosio (a)) tiene dentro de el domicilio de la alma dos mugeres: la una honesta, pero áspera, y desabrida: la otra impúdica, pero dulce, y amorosa. Aquella es la virtud; esta la delicia mundana.

2 Pintó el sabio Judío la virtud y el vicio segun la primera apariencia, ó segun la opinion de el mundo, mas no segun la verdad. Es así que comunmente se concibe la virtud toda asperezas, el vicio todo dulzuras; la virtud metida entre espinas, el vicio reposando en lecho de flores. Pero este es un error, y el error mas nocivo entre quantas falsas opiniones sustenta la

(a) Lib. 1. de Cain, & Abel, cap. 4.

cegura del mundo. Tentaré en este discurso su engaño, mostrando que aun en esta vida, prescindiendo de el premio, y castigo de la otra, es mucho mas molesto, y trabajoso el abandono á los deleites, que la práctica de las virtudes morales, y christianas. Para esto me servirá de aquellos argumentos, que ofrecen la razon natural, y la experiencia, tomando poco, ó nada de las sentencias de Padres, y dichos de Filósofos, de que se pudiera amontonar infinito; porque á quien no persuadieren la experiencia, y la razon, no ha de convencer la autoridad.

3 Si pudiésemos ver los corazones de los hombres entregados al vicio, presto se quitaría la duda. Mas por reflexion podremos verlos en los espejos de las almas, que son semblantes, palabras, y acciones. Atiéndase bien á estos infelices, y se hallará que ninguno otro iguala la turbacion de sus semblantes, la inquietud de sus acciones, la desazon de sus palabras. No hay que extrañar: son muchos los torcedores, que los están conturbando en el goce de sus adorados placeres. Su propia conciencia, doméstico enemigo, huesped inevitable, pero ingrato, les está continuamente mezclando con el néctar que beben, el azibar que abominan.

4 Con enérgica propiedad dixo Tulio, que las culpas de los ímpios, representadas en su imaginacion, son para ellos continuas, y domésticas furias: *Hæ sunt impiis assidue, domesticæque furie* (a). Estas son las Serpientes, ó los Buytres que despedazan las entrañas de el salvado Ticio: estas las Aguilas, que rasgan el corazon de el atrevido Prometheo. Considérense los tormentos de un Caín, fugitivo de todos, y aun, si pudiese, de sí mismo, errante por montes, y selvas, sin poder jamas artancar la flecha que le atravesaba el pecho; esto es, la memoria de su delito, como la otra herida Cierva, en quien figuró el gran Poeta la mortal

(a) *Orat. pro Resc.*

tal inquietud de aquella Reyna enamorada. *Silvas saltusque peragrat* . . . *Diætos, hæret lateri lethalis arundo.* Contempléase las angustias de un Lamech, tan violentamente acosado de la representacion de el homicidio, ó homicidios que habia cometido, que faltándole tolerancia para ser único depositario de el secreto, le arroja por la boca, como quien vomita la ponzoña que le atosiga, arriesgándose á la infamia, y al castigo, solo por lograr algun leve descanso. De un cierto Apolodoro refiere Plutarco, que no dexándole aun entre sueños la memoria de sus crímenes, todas las noches soñaba que despues de hacerle quartos, en agua hirviendo le iban liquidando los miembros; y que mientras duraba este martirio, le decia su propio corazon á gritos: *Ego tibi horum sum causa: Yo te soy la causa; y motivo de estos tormentos* (a).

§. II.

ES verdad, yo lo confieso, que no todos son tan sensibles á los remordimientos interiores; y aun hay conciencias cauterizadas (usando de la frase de S. Pablo) que perdieron todo el sentimiento, porque la larga costumbre de pecar convirtió los corazones en pedernales.

Sic lethalis hyems paulatim in pectora venit. O hombres los mas desdichados de todos! Esta dureza de pecho es scirro de el alma, para quien solo apelando á milagros, hay medicina. Pero por lo menos, mientras dura esta vida mortal, lo pasarán con gusto, y alegría. O cuánto se engaña quien lo piensa! Estos son los que viven con mas trabajo. Veámoslo, discurrendo por los tres vicios, en cuyos quarteles se distribuyen casi todos los malos; Ambicion, Avaricia, y Luxuria.

Tom. I. del Teatro.

B3

El

(a) *Lib. de sera Numinis vindicta.*

8 El ambicioso es un esclavo de todo el mundo: de el Príncipe, porque conceda el empleo: de el valido, porque interceda: de los demas, porque no estorben. Tiene la alma, y el cuerpo en continuo movimiento, porque es menester no perder instante. A todos teme, porque ninguno hay que con una acusacion no pueda desvanecer toda su sollicitud. ¡O cuánto forceja con su semblante, porque muestre agrado á los mismos á quienes profesa mortal odio! ¡Cuánto trabajo le cuesta reprimir todas aquellas inclinaciones viciosas, que pueden dificultar sus medras! De la pasion dominante son víctimas todas las demas pasiones; y el vicio de la ambicion, como tyrano dueño, sobre atormentarle por sí mismo, le prohíbe todos aquellos gustos á que le lleva el deseo. Vé al que va á la comedia, al que logra el paseo honesto, al que asiste al banquete, al que goza el sarao. Todo lo vé, y todo lo envidia; pero los apetitos estan en él, aunque furiosos, aprisionados, como los vientos en la carcel de Eolo (a):

Illi indignantes magno cum murmure montis.

2. Circum claustra fremant.

9 Logrado el puesto no se minora la ansia, solo muda de objeto, porque se traslada la mira al ascenso inmediato, añadiendo el cuidado de no perder el que ha conseguido. Ya se puso en una escalera, donde ni puede subir sin fatiga, ni detenerse sin molestia; ni retroceder sin precipicio. Ya se ataron las inclinaciones viciosas con mas fuertes vínculos, creciendo la razon de tener la rienda tirante á sus deseos depravados. Solicitale la codicia, instígale la gula, abrásale la inconcistencia; pero aunque reluctantante, obedece á la pasion, que

(a) Lo que dice Comines de Carlos el Atrevido, Duque de Borgoña, de que este Príncipe no tuvo un dia bueno en todo el resto de su vida, desde que se le puso en la cabeza hacerse mas grande de lo que era, es admirable para dar á conocer la trabajosa vida que pasan los ambiciosos.

que despótica le domina. Arde por oprimir con una sentencia iniqua á aquel hombre que aborrece. ¡Pero ay, si esto llega á Tribunal superior, ó al Príncipe mismo! Ama el ocio; pero si se nota su inaplicacion, va todo perdido. Siempre está temblando una mudanza de gobierno, que le dexé en la calle; y no lee alguna vez la gaceta, sin el susto de que le noticia estar muerto el patrono que le da la mano. ¡Hay vida mas mísera?

10 El avaro ya se sabe que es un martyr de el demonio, ó un anacoreta, que con su abstinencia, y su retiro hace méritos para ir al Infierno. El corazon, partido entre los dos deseos de conservar, y adquirir, padece una continua fiebre, mezclada con un mortal frio; pues se abrasa con la ansia de conseguir lo ageno, y tiembla con el susto de perder lo propio. Tiene hambre, y no come; tiene sed, y no bebe; tiene necesidad, y no reposa: jamas se ve libre de sobresaltos. Ningun raton se mueve en el silencio de la noche, que con el ruido no le dé especie de ser un ladrón que le escala. Ningun viento sopla, que en su imaginacion no amenace naufragio al Navio que tiene puesto en comercio. Ninguna guerra se suscita, que no considere ya á los enemigos talando sus tierras. Qualquier rencilla de particulares, dentro de su idea viene á parar en popular tumulto, que lleva á saco el caudal. No hay nubecilla, que no imagine tempestuosa para sus viñas, y mieses. No hay intemperie, que no amague corrupcion á lo que tiene recogido en las troxes. ¡Qué angustias tan graves, quando teniendo muchos que vender, se baxa el precio á los frutos! Siempre acosado de pavores, anda meditando nuevos escondijos mas seguros donde retirar el dinero, de modo que ni los Angeles supiesen de él, ni aun Dios, si fuese posible. Freqüentemente le visita asustado, y dudoso de hallar el dinero en el escondijo, aunque siempre cierto de encontrar el corazon en el dinero. Con inquietud ansiosa le mira: tal vez no se atreve á tocarle, rezeloso de que

se le haga ceniza entre las manos. Así pasa sus dias, pingüe de bienes, y martirizado de temores, para llegar á la hora fatal, como el Rey Agag al suplicio: *Pinguissimus, & tremens*. ¿Hay vida mas desdichada?

11. ¿Acaso en el lascivo hallaremos mas descanso? Ninguno carga con mayor fatiga. Si la baxeza de el pensamiento, ó la villanía de el apetito, le determinan á deleites venales, luego se viene á los ojos el detrimento en las tres cosas mas apreciables de esta vida, honra, salud, y hacienda. De charco en charco va saciando su sed, hasta que alguna agua insecta le apesta toda la sangre, poniéndole á riesgo la vida, ó haciéndole la restauracion muy costosa. Aunque mejore en la salud, queda achacosa de por vida la reputacion. Y si es verdad que aquella medicina, á quien debió su restablecimiento, irrita mas el apetito, para caer por medio de nuevos excesos en nueva enfermedad, y en nueva cura; ¿qué desdicha es, que el fuego de la incontinencia, en vez de extinguirse, se vaya avivando con la edad, para arder violento aun en las cenizas de la vejez?

12. Mas si el resplandor de su fortuna, ó el mérito de la persona, levantan sus deseos á objetos de otra esfera, evitará parte de los inconvenientes apuntados, para incurrir en otros mayores, que es lo mismo que caer en Scyla, huyendo de Carybdis. Semejantes empeños estan sembrados de sustos, inquietudes, y peligros. ¿Qué afan mientras dura la pretension! Buscan los ojos el sueño, y no le encuentran; porque (como experimentaba Jacob, aunque amante honesto) anda de ellos fugitivo. Busca el corazon reposo, y no le halla. De este modo concibe primero dolor, para producir despues la maldad. Vacilante entre los medios de lograr el designio, todos se aprueban, y todos se repudian: *Incerte tanta est discordia mentis*. Tiembla al pensar en la posibilidad de la repulsa. El amor le arrastra: el temor le detiene. Todo el camino de la preten-

sion

sion ve lleno de riesgos, los cuales, en llegando á la posesion, se multiplican. El ofendido suele ser mas de uno, los lances muchos; y es moralmente imposible que en tantos pasos no se haga algun ruido con que desperté la sospecha, para que al fin acierte con la verdad el cuidado. Lograda la empresa, no hay insulto que carezca de sobresalto. ¿Qué placer sincero tendrá un hombre quando no puede prescindir los gustos de los riesgos? No hará movimiento alguno ácia el delito, en que no se le represente el agraviado con un puñal, ó una pistola en la mano. Este peligro siempre le va siguiendo á qualquiera parte que vaya. Y este es puntualmente aquel infeliz estado de tener como pendiente delante de los ojos la propia vida con un continuado temor de perderla, que Dios intimó á su pueblo como una maldicion terrible: *Et erit vita tua quasi pendens ante te. Timebis nocte, & die, & non credes vita tue*.

13. Pero consiento en que haya circunstancias en que carezca de estos temores. No por eso le faltarán gravísimos disgustos. Si tras de el logro de el apetito entra el tedio, como sucedió á Amnon con Tamar, y como sucede de ordinario, ve aquí contrahida una obligacion de por vida, por una delicia instantanea. Si se resuelve á romper el lazo, se expone á las iras de una muger abandonada, á quien el desprecio, ó enfurece el amor, ó el odio; siendo uno, y otro igualmente peligroso. Si permanece en su criminal afecto, mucho mayor es la impaciencia de no gozar con libertad lo que ama, que la complacencia en el deleite que furtivamente usurpa; y especialmente si el objeto es poseído de legitimo dueño, no puede menos de roerle las entrañas una envidia rabiosa. ¿Pues qué si llega el caso de unos zelos? Bien saben los que han experimentado el rigor de estas furias, cuánto excede al placer de los mas íntimos deleites, y que contrapesa un dia solo de este infierno á años enteros de aquella mentida

da

da gloria. Considérese todo lo dicho, y respóndaseme despues si se puede discurrir estado mas infeliz. Augustino, que tanto tiempo se vió enredado en el laberinto de los tres vicios expresados, es buen testigo de que el plato que presentan al apetito, está relleno de hieles. Oiganse sus palabras, hablando con Dios, en el libro sexto de sus Confesiones: *Inbiabam honoribus, lucris, conjugio, & tu irredabas: patiebar in eis cupiditatibus amarissimas difficultates.*

§. III.

14 **N**I hay que pensar que aun aquellos pocos hombres, en quienes, respecto de los demas, es ley el antojo, para cuya libertad no hay rienda alguna, esto es los Soberanos, surquen el piélago de el vicio sin tormenta alguna. Tambien para estos la agua de ese mar es sobradamente amarga. Neron fue deidad de la tierra; conviene á saber, dueño de todo el Imperio Romano. Soltó la rienda con la mayor largueza imaginable á todas sus perversas inclinaciones, y sus inclinaciones eran decretos irrefragables. No le afligia la carga de el gobierno; porque bien lexos de tener el Principado sobre los hombros, como para exemplo de los demas tuvo el mejor de todos los Príncipes, le puso debaxo de los pies. Todo el mundo obedecia al cetro, y el cetro servia al apetito. Poseía quanto amaba, mataba quanto aborrecia. El amor tenia en sus manos el logro, y el odio en las suyas el cuchillo. No pudo llegar á mas horrible extravagancia uno, y otro afecto, que á complacerse su crueldad en el incendio de Roma; y su torpeza en las indignidades de el otro sexó. Todo lo consiguió para oprobrio de los hombres aquel monstruo de maldades.

15 ¿Quién creerá que este Príncipe, de cuyo alvedrio era esclavo el Orbe, no gozase una vida alegre? Pues tanto distó de él esa dicha, que como testifica Tácito, siempre estaba poseído de terrores: *Facinorum*

recordatione nunquam timore vacuus. Y Suetonio añade, que no pudiendo reposar de noche, andaba dando vueltas, como aturdido, por los salones de su Palacio.

16 Tiberio fue igual á Neron en el dominio, y poco inferior en la maldad. Con todo vivia tan inquieto, y turbado, que no podia menos de explicar en gemidos, y palabras sus dolores, para aliviar algo el corazon de la opresion de las angustias. Así lo afirma el mismo Tácito: *Tiberium non fortuna, non solitudines protegebant, quin tormenta pectoris, suasque ipse penas fateretur.* Y poco antes, refiriendo un doloroso gemido suyo en cierta carta escrita al Senado, dice que sus propios delitos se habian transformado, para atormentarle, en verdugos: *Adeo facinora, atque flagitia ipsi quoque in supplicium verterant.*

17 Estas angustias de los Príncipes malos, por la mayor parte dependen de que viéndose aborrecidos de todos, siempre estan con el susto de una conspiracion. Consideran que entre tantos como les desean la muerte, no faltarán algunos que tengan osadía para ejecutarla; y así no pueden en todas sus delicias lograr mas placer que el que tuviera con una dulce música el reo que está esperando la fatal sentencia. Por eso Dionysio, Tyrano de Sicilia, desengañó oportunamente al otro, envidioso de su felicidad, haciéndole sentar á un espléndido banquete debaxo de la punta de una espada, que pendia de fragil hilo sobre su cuello, y dándole á conocer, que ese puntualmente era el estado en que le tenia su fortuna.

18 Sobre esta congoja, que es transcendente á todos los tyranos, á ningun Príncipe, por feliz que sea, le faltan gravísimos disgustos. Alexandro está lleno de gloria, y se aflige porque falta un Homero que le celebre. Lisonjéale á Augusto constante la fortuna; y porque se descuida una vez sola con las Legiones de Alemania, pasa mucho tiempo dando gritos de dia, y de noche, como un loco. Apacienta Caligula su sa-

ña en tanta sangre vertida , y se lastima de que no esten todas las cabezas de el Pueblo Romano sobre un cuello , para echarlas á tierra de un golpe. El ambicioso gime , porque no puede hacerse dueño de todo el mundo. El codicioso , porque no puede meter en su erario los tesoros de otros Reynos. El vengativo , porque no puede destruir al Príncipe confinante , que le ha ofendido. El lascivo , porque no falta en su imaginacion algun objeto extraño , esento de la jurisdiccion de su antojo. Así se mezclan amarguísimas afflicciones en las mas esclarecidas fortunas.

§. IV.

19 **T**An cierta es , y tan general aquella sentencia , que pone la Sabiduría en las bocas de todos los impios , quando llegan á la region de el desengaño: *Lassati sumus in via iniquitatis , & perditionis , & ambulavimus vias difficiles.* ¡O cuánto nos hemos fatigado en el camino de la perdicion! No fue descanso el nuestro , sino cansera : no delicia , sino congoja. ¡Ay de nosotros , que hemos continuado la carrera de la vida , no por deliciosos jardines , ó amenas florestas , sí por ásperas breñas , y sendas intrincadas! Esto dicen todos los condenados : *Talia diserunt in inferno hi , qui peccaverunt.* Todos? Sí : todos lo dicen ; y dicen la verdad. Todos los pecadores tienen su infierno pequeño en este mundo. Todos caminan por la aspereza para el precipio. Todos beben las heces de aquel caliz , que David pinta en la mano del Señor : *Calix in manu Domini vini meri plenus mixto : & inclinavit ex hoc in hoc , veruntamen flex ejus non est exinanita , bibent omnes peccatores terræ.* Y es preciso que sea así ; porque segun la mas recta inteligencia , el vino puro es para los Santos en la patria , donde es puro el gozo ; el mezclado es para los Justos en la tierra , donde se les mezcla la tribulacion con el deleite : con que á los pecadores , aun en esta vida no les quedan sino amargas , y pesadas

das heces. Estas beben todos : *Omnes.* Todos sin reservar alguno , ni aun de aquellos que parecen colmados de dichas.

20 Para cuya clara inteligencia , y para apretar mas el argumento que tratamos , se debe advertir que hay en esta vida mortal una affliccion gravísima , la qual siendo propia de todos , y solo de los pecadores , aun es mas propia de los que parecen mas felices. Esta consiste en la consideracion de la muerte. No hay duda que todo viviente tiene horror á aquel trance fatal , y se contrista naturalmente quando le ocurre que es preciso pasar por él ; pero mucho mas sin comparacion aquel , que desfrutando todos los regalos de la fortuna , tiene puesta en ellos toda su dicha. Contémplese un hombre rico , poderoso , respetado , obedecido , á quien nada falta , ni para la conveniencia , ni para el deleite , y por mas vago que tenga el apetito , nada niega la fortuna á su deseo. Este , quando piensa en que ha de morir (y piensa muchas veces sin poder remediarlo) , no puede menos de afligirse extremadamente. La consideracion de la muerte , á quien no aprovecha para la enmienda , solo sirve de tortura. Demos que sea un resuelto Ateista , tan ciego que ni aun duda le quede de la inmortalidad de la alma , y que por consiguiente no le dé la menor pena la suerte de la otra vida. Por lo menos considera en la muerte un desapiadao , y feroz tyrano , que le ha de despojar de quanto tiene , y de quanto ama. La hacienda que posee , el banquete en que se regala , la caza en que se entretiene , la música que le deleita , la concubina á quien adora , todo se ha de perder de un golpe para no recobrarlo jamas. Quanto mayores placeres goce , tanto será mas triste esta consideracion. El desdichado , ultrajado de la suerte , y aun el que está constituido en mediana fortuna , tienen el leve consuelo de que la muerte les há de quitar muchos pesares. ¡ Pero qué consuelo tendrá el que ve que sojo le ha de robar delicias ? Para

todos es la muerte terrible : para este terribilísima. Todos aman con intensísimo ardor la propia felicidad , y á proporcion de el ardor con que se ama , es el dolor con que se pierde. Este hombre , pues , que juzga haber llegado al colmo de la dicha , ni conoce otra que la que posee ; ¿ con cuánta angustia estará viendo que toda , sin reservar nada , la ha de perder en un dia?

21 Esta inevitable melancolía en qualquiera hombre , á quien alhaga la fortuna , se aumenta mucho quando empieza á declinar algo la edad. La vida , verdaderamente desde la edad consistente en adelante , no es mas que una enfermedad crónica , que va disponiendo para la muerte , ó , por decirlo mejor , es la misma muerte inchoada. En llegando aquí el poderoso , en las fuerzas , que va perdiendo , en las dolencias , que va cobrando , tiene un continuado aviso , de que poco á poco se le va desmoronando con el domicilio de la vida el templo de la fortuna. A esto , repasa uno por uno con el pensamiento todos los deleites que goza , todas las prendas que ama , y cada una le arranca de el corazón un gemido , con la reflexion de que se va acercando el tiempo de la despedida dolorosa. Vuelve á dar otra ojeada á la muerte , y casi con las palabras de aquel desdichado Rey , oprimido de dolor , prorumpie contra ella con una sentida quexa , no tanto de que le haya de cortar el hilo de la vida , quanto de que le haya de separar para una eterna ausencia de quanto estima , y adora : *Siccine separat amara mors !* ; O pecadores , á quienes llama el mundo felices ! ¿ esto es vivir ? Desengáñese el mundo , que vosotros sois los que cargais con quanto tiene de mas duro , y pesado la mortalidad. Todo vuestro descanso es fatiga , toda vuestra delicia es angustia , todo vuestro nectar es ponzoña.

22 Y pues no podeis menos de conocerlo , oid ahora , para vuestro consuelo , y utilidad , la mas dulce , y sonora voz , que por órgano divino se esparció á todo el ámbito de el mundo. Oid , que con vosotros habla :

oid,

oid , y aprovechaos : *Venite ad me omnes , qui laboratis , & onerati estis , & ego reficiam vos.* Venid á mí los que trabajais , y estais cargados de afanes , que yo os aliviare. Estas palabras es cierto que llaman á los pecadores ; que son los que estan distantes de Christo. Luego estos son los que pasan una vida trabajosa. Convidalos á que se acerquen á él ; esto es , que abracen la virtud : luego los virtuosos son los que gozan de descanso , y alivio. Veis aquí que es sentencia evangélica una , y otra parte del asunto que voy probando.

§. V.

23 **M**AS pues he demostrado la primera parte con la razon natural , y con la experiencia , haré lo mismo con la segunda. Y lo primero debo confesar , que los principios de la virtud son trabajosos : *Ardua prima via est* ; especialmente en aquellos que estuvieron largo tiempo debaxo de el dominio de sus pasiones. Los hábitos viciosos son unos enemigos , que á los primeros combates hacen cruelísima guerra ; pero sus fuerzas se van debilitando mas cada dia , y aun tal vez por un milagro de la gracia son postrados enteramente al primer choque. La salida que hace el vicioso de el pecado , es en un todo semejante á la fuga que executaron los Hebreos de Egypto. ¿ Qué afligidos los pobres , quando con el Mar Bermejo á la frente vieron el Ejército Gitano á la espalda ! Qué orgullosos los Egypcios ! Qué débiles los Hebreos ! Ya tratan estos de rendirse , quando esforzando la voz de Moysés al Pueblo : Ea Israël , le dice , entra el pie osado en el golfo , que Dios está empeñado en tu defensa. Obedecen , y al tocar la arena se desvia la agua. De tropel se arrojan á ellos las tropas de Faraon. ¿ O cuánta soberbia en los Gitanos ! Qué miedo en los Hebreos ! Con todo , temblando caminan hasta tocar la orilla opuesta ; y al llegar á ella , volviendo atrás los ojos , ven sepultarse en las ondas sus enemigos. Conviérte-

se

se en placer el pesar, y en cánticos los gemidos.

24 No es de otro modo la fuga que hace el pecador de el vicio. Egypto es el estado de la culpa. Los enemigos, que siguen al pecador fugitivo, son las inclinaciones viciosas, de quienes fue largo tiempo esclavo. Aquellas estan fuertes, este debil. El primer asalto es furioso. Moyses es la virtud que anima. Rompe en fin el pecador por un piélagode dificultades; y aun en algunos es mas larga la carrera, últimamente logra ver ahogadas todas sus pasiones. Asienta el pié en la orilla opuesta: ¿y qué le sucede? Lo mismo que al Pueblo Hebreo, prorumpir en cánticos de gozo. Siguiendo despues el camino de la Tierra de promision, una, ú otra vez salen al paso algunos enemigos; esto es, algunas tentaciones; pero se vencen, como Moyses venció á los Amalecitas, levantando las manos al Cielo, en que se significa la fuerza de la Oracion. Encuéntrese tambien tal vez unas aguas amargas, conviene á saber, las tribulaciones; pero un leño milagrosamente las endulza, porque la Cruz, ó Pasion de el Salvador las suaviza. Y de Mara, ó Marath, lugar que significa amargura, á razon de estas aguas, se hace tránsito á Elim, sitio delicioso, y ameno.

25 Esto es lo que sucede al pecador, fugitivo de el vicio debaxo de el amparo de la Omnipotencia, que nunca falta á quien le solicita; pero es mas de nuestro propósito considerar el estado de la virtud mas cerca de la naturaleza, ó prescindiendo de los extraordinarios auxilios de la Gracia.

§. VI.

26 EL monte excelso de la virtud está formado al rey de todos los demas montes. En los montes materiales son amenas las faldas, y ásperas las cimas: así como se va subiendo por ellos, se va disminuyendo la amenidad, y creciendo la aspereza. El monte de la virtud tiene desabrada la falda, y graciosa la

emi-

eminencia. El que quiere arribarle, á los primeros pasos no encuentra sino piedras, espinas, y abrojos: así como se vá adelantando el curso, se vá disminuyendo la aspereza, y se vá descubriendo la amenidad; hasta que en fin en la cumbre no se encuentran sino hermosas flores, regaladas plantas, y cristalinas fuentes.

27 El primer tránsito es sumamente trabajoso, y resbaladizo: *Per insidias iter est, formasque ferarum.* Llámante al recien convertido, desde el mar de el mundo, los cantos de las Sirenas. Atérrante por la parte de el monte los rugidos de los leones. Mira con ternura la llanura de el valle que dexa. Contempla con pavor el ceño de la montaña á que aspira. Libre de la carcel de el pecado, aún lleva en sus pasiones las cadenas, cuya pesadumbre conspira con la arduidad de el camino, para hacer tardo, y congojoso el movimiento. Oye á las espaldas los blandos clamores de los deleites, que le dicen, como á Augustino: ¿Es posible que nos abandonas? *Dimittis ne nos?* ¿Es posible que te despides, y ausentas de nosotros para siempre? *Et á momento isto non erimus tecum ultra in aeternum?* No obstante camina afligido un poco, tal vez interrumpiendo el paso algun tropiezo. Ya va hallando menos áspera la senda: ya los clamores de las delicias terrenas hacen menos impresion, porque se oyen de mas lexos. Así lo experimentaba el mismo Augustino: *Et audiebam eas jam longe minus quam dimidiis, veluti à dorso nusitantes.* Adelantando algunos pasos mas, ya se va descubriendo algo llano el camino; y aunque una, ú otra vez representa la costumbre antigua, los gozados placeres, y la dificultad de vivir sin ellos, estan lánguidamente, y con tanta tibieza, que no hace fuerza alguna: *Cum diceret mihi consuetudo violenta: putas ne sine istis poteris? Sed jam tepidissime hoc dicebat.*

28 Arriba, en fin, á la parte superior de el monte, donde vé una llanura hermosa, y apacible. El sudor, y lágrimas con que regó la falda, fructifican en la cumbre.

bre; y aquí logra en abundantes mieses, quanto acullá cultivó en prolixos afanes. Esto está oculto á los ojos de el mundo; que qual, antes bien al considerarle retirado á lo alto de la montaña, le juzga metido en una arduidad inaccesible. Piensa que aquel hombre no puede tener instante de reposo, imaginando que el sitio que habita es un campo donde batallan con la mayor furia los Elementos, y adonde se arroja con mayor fuerza el rigor de las tempestades. Pero á él le sucede lo mismo que á el que escaló la cumbre de el Olympo, donde se goza siempre sereno el Cielo: donde no se inquieta con la mas leve agitacion el ayre, en tanto grado, que se conservan años enteros los caracteres impresos en las cenizas; y donde los nublados se miran siempre debaxo, de modo que fulminan en la falda, sin tocar jamas en la eminencia: y entre tanto los que caminan por los valles vecinos, si la noticia, ó la experiencia no los ha desengañado, piensan que aquella cumbre está toda obscurecida de nieblas, y abrasada de rayos (a).

29 Ni mas, ni menos las incomodidades de la vida, las borrascas de la fortuna llueven sobre los que habitan los humildes valles de el mundo; no sobre aquel que ha ascendido al Monte de Dios, y Monte pingüe, como le llama David. Pues qué? la enfermedad, el dolor, la pérdida de hacienda, la persecucion, la igno-

(a) La inalterable serenidad de el Olympo, aunque afirmada, y confirmada por innumerables Escritores, es fabulosa. Boyle en el Tratado *Nova Experimenta Physico-mechanica*, pag. mibi 138, cita á Busbec, Autor fidedigno, Embaxador de Ferdinando Primero á la Porta Othomana, que en una de sus Cartas testifica que el Olympo se ve desde Constantinopla cubierto de nieve. Lo mismo dice Thomas Cornelio haber sido observado por algunos Viageros: añadiendo que algunas cumbres de los Alpes son mas altas que el Olympo, sin que por eso en estas dexen de soplar los vientos, y derramar nieve las nubes. Así la decantada singularidad de que en el Olympo se conservaban de un año á otro las letras estampadas en las cenizas á Cielo descubiertas, debe tenerse por una famosa patraña.

minia, con otras calamidades, no son comunes á los justos con los demas hombres? ¿A esto no se les agrega en particular el silencio, el retiro, la vigilia, la oracion, la disciplina, el ayuno, con otras penalidades? Todo es cierto. Esos son los nublados que se ven de la parte de afuera; pero que no suben á la cumbre del Olympo; esto es, no llegan á turbar la parte superior de la alma.

30 No quiero yo decir que el justo sea insensible. Ese fue exceso de los Estoicos, que en la oficina de la virtud pretendian transformar los hombres en mármoles. Padecen los virtuosos; pero mucho menos que los delinquentes. A esta desigualdad se añade otra notable; y es, que las molestias que unos, y otros padecen; á los delinquentes los comprehenden en el todo, á los virtuosos solo en una parte. Distinguese el espíritu de el justo, y el de el pecador, como el elemento de el Ayre, y el de la Tierra. La tierra en todas sus Regiones está expuesta á las injurias de los demas elementos. El Ayre, solo en su porcion inferior, que es el teatro de vapores, y exhalaciones; pues á la que llaman Region superior de el Ayre, no alcanza alguna de las alteraciones sensibles. Siempre se observa allí un tenor igual: siempre se descubre sereno el Cielo, y siempre se goza una aura cristalina, y pura.

S. VII.

31 Pero expongamos con mas especificacion las conveniencias temporales de la virtud. Lo que es de mayor momento, si no el todo, en esta parte, es, que en todas aquellas cosas, que esencialmente componen la felicidad temporal, conviene á saber, vida, salud, honra, y hacienda, es muy mejorado el virtuoso, respecto de el que no lo es. La honra nadie ignora que es parto legitimo de la virtud. Por eso los Romanos edificaron unidos los Templos de estas dos dichas, que veneraban como deidades, de modo, que

solo por el Templo de la Virtud se podía entrar al Templo de el Honor. Los mismos que huyen de la práctica de la Virtud, la miran con estimacion, y reverencia. La salud, y larga vida es mas natural, y posible en el virtuoso, por la templanza con que vive, al paso que el vicioso con sus excesos se extraga la salud, y se acorta la vida. La hacienda tiene una gran maestra de economia en la virtud, siendo cierto que se conserva evitando toda superfluidad. Todo lo comprendió Salomon, quando dixo que el obediente á los divinos mandatos tiene en una mano la larga vida, y en la otra la hacienda, y la honra: *Longitudo dierum in dextera ejus, & in sinistra illius divitiæ, & gloria (a)*. Aun quando no goze otras ventajas el justo sobre el vicioso, ¿no mejora mucho de suerte?

32 Pero otras tiene. La suavidad, y dulzura que al alma ocasiona la buena conciencia, colocan muy eminente grado la fortuna de los justos sobre la de los pecadores. Es esta una felicidad de poco bulto, pero de mucha monta: una piedra preciosa, que en breves dimensiones encierra grandes quilates. Es la conciencia espejo del alma; y sucede al justo, y al pecador, quando se miran en este espejo, lo que á la hermosa, y á la fea al verse en el cristal: aquella se complace, porque ve perfecciones: esta se entristece, porque no registra sino lunares. Y aun es de peor condicion el delinquente que la fea: porque esta huye de el espejo, si quiere: el pecador no puede. Aunque no se ponga él delante de el espejo, el espejo se pone delante de él, y no puede el entendimiento cerrar los ojos, quando la memoria le presenta las imágenes de sus maldades. En aquel estado el pecado horroriza, y no deleita; porque se fue el gusto, y quedó sola la mancha. Añádese al pecador en esta coyuntura la triste reflexion de que se pueden descubrir sus infamias, en que le

(a) Prov. 3. vers. 16.

asusta ya la inevitable tortura de el rubor, ya la pena que le prescribe la ley. El justo, por el contrario, nada tiene que temer. Si esconde al mundo sus acciones, no es por el miedo de la nota; antes por el riesgo de el aplauso. A solas se las contempla; y si es tan dichoso que todas las halle buenas, recibe aquel purísimo placer, que el Cronista Sagrado aun en Dios pintó como gloria accidental: *Vidit Deus cuncta que fecerat, & erant valdè bona.*

33 No menor diferencia hay entre el justo, y el pecador, quando, ó enojada la fortuna esgrime sus revesses, ó severo el Cielo reparte tribulaciones. Pierde el pecador la hacienda, muéresele la persona amada, recibe una injuria de sugeto con quien la venganza le es imposible. ¿Qué consuelo tiene? Ninguno. Rabia, se enfurece, arde, no come, no bebe, no reposa; y son peores los symptomas que el mal: tan crueles tal vez, que le postran en la cama, y quitan la vida; y tal vez tan feroces, que para quitársela usan de sus propias manos. Pero el justo, constituido en el mismo accidente, lo primero que hace es levantar los ojos al Cielo; y ya contempla la tribulacion como castigo de la culpa, ya como exercicio de la paciencia: sabe que de todos modos es beneficio: sabe que el golpe viene de mano amante; y sabe que para su bien propio le hierre. No solo se conforma, mas se lo estima. Y veis aquí con una admirable metamórfosis convertido el pesar en placer. De este modo, lo que para el impio es ponzoña, para el justo es triaca: porque *diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.*

§. VIII.

34 **Q**Uién ya, á vista de todo lo que hemos ponderado en este capitulo, no se dará por convencido de que aun en esta vida es incomparablemente mejor la suerte de el justo que la de el vicioso? Que aun el descanso, y conveniencia tempo-

ral se halla solo en el camino de la virtud? Y que en el campo de el vicio, debajo de la apariencia de flores, solo se producen espinas.

35 Solo un argumento tenemos que disolver. Este se toma de aquella sentencia de Christo en S. Matheo, en que el gran Maestro nos asegura que es ancho; esto es, facil el camino que lleva á la perdicion; y al contrario estrecha; esto es, laboriosa la senda que conduce á la vida inmortal.

36 Digo que este lugar es preciso conciliarle con el otro alegado arriba, en que el mismo Salvador convida á los pecadores á que sigan el camino de la virtud, proponiéndoles el descanso, y suponiéndolos congojados debajo de el peso de el vicio: *Venite ad me omnes qui laboratis*, &c. Es preciso componerle con la dulce sentencia que en otra parte nos intima, que el yugo de su ley es suave, y su peso leve. Tambien se ha de poner en armonia con lo que David nos enseña, de que es ancho el camino de los divinos Preceptos, ó los Preceptos mismos: *Latum mandatum tuum mihi*. En fin, de tal modo se ha de entender aquel texto, que no esté discorde con la razon, y con la experiencia.

37 Facil es la salida, diciendo que la gracia suaviza lo que es áspero á la naturaleza: y que el mismo yugo, que es pesado, consideradas solo las fuerzas naturales, se hace leve, concurriendo con ellas los auxilios divinos. Y así concilian los Padres comunmente aquellos textos.

38 Tambien puede responderse que el Redentor habla solo de los primeros pasos de uno, y otro camino; de modo que el camino de la virtud en los principios es trabajoso, despues facil: al contrario, el de el vicio facil al principio, y despues trabajoso. El contexto mismo da luz para esta inteligencia. Pues animando Christo á los hombres á que sigan el camino de la virtud, parece que toda la dificultad pone en la en-

trada: *Intrate per angustam portam*, dice en S. Matheo. *Contendite intrare per angustam portam*, pronuncia en S. Lucas; como si dixera: en la puerta, ó entrada está toda la resistencia; y así, animaos, forcejad, batallad, *contendite*, para vencer la arduidad que hallareis en la estrechez de la puerta.

39 Es así. Esta puerta es tan angosta, que se estruja el recien convertido entre sus quicios, hasta exprimir tantos embebidos afectos. No solo se rasga el cutis en la estrechura, mas aun se dexa en ella despedazada la propia carne. Pero pasado este tránsito dificil, se va ensanchando poco á poco el camino, hasta dilatarse en florido, y espacioso valle:

Largior hic campos æther, & lumine vestit

Purpureo, Solemque suum sua sydera norunt.

40 La senda de el vicio está organizada muy de otro modo, y se parece á un conducto, que, segun los Naturalistas, tiene para su caverna el Raton de la India. Este sagacísimo animal, sabiendo la ojeriza que con él tiene el Dragon, y conociendo la desigualdad de sus fuerzas para resistirle, se defiende de él, y le vence con la siguiente industria. Fabrica dos entradas á su cueva; la una angosta, y proporcionada á su cuerpo; la otra muy ancha en la superficie de la tierra, pero que se vá poco á poco angostando de modo, que en la parte mas profunda no es mayor la concavidad, que la que corresponde al cuerpo de el Raton. El uso es este. Quando se ve acosado de aquella bestia voraz este pequeño animalejo, huye á su cueva, entrándose por el conducto grande; y no dudando el Dragon de seguirle, se arroja al boqueron, que ve capaz de toda su corpulencia; pero como este insensiblemente se va estrechando, necesariamente se sigue que la bestia quede cogida, y aprisionada en la estrechura, sin poder retroceder: lo qual conocido muy bien por el Raton, sale por la otra puerta, y se venga en el Dragon muy á su gusto, haciéndole pasto de su apetito, y de su ira.

41. El estratagemá de este animalejo es puntualmente el mismo que practica con el hombre el demonio. Pónele el camino de el vicio en la superficie muy ancho, con que no rezela el mísero entrarse por él en seguimiento de la presa de el deleite. Vase estrechando poco á poco el camino. De aquí aprieta un cuidado; de allí otro. Entre la dolencia, y la edad, que están muy llegadas una á otra, se van encogiendo los miembros, y perdiendo su uso. El miedo, la solícitud, el dolor, la pesadumbre aprietan cada vez mas, hasta ponerle en tanto estrecho, que ni aun el alma, con ser espiritual, se puede revolver. Por este camino llega, en fin, el pecador á lo sumo de la angustia, á aquel infeliz estado, de donde es imposible el retroceso: *Ubi nulla est redemptio*, donde será eternamente pasto de aquella rabiosa sabandija, que nunca sacia, ni la voracidad, ni la saña: *Mors depascet eos*. Donde expone el Cardenal Hugo: *Diabolus depascet eos*.

42. Esta notable diferencia, y oposicion que hay entre el camino de la virtud, y el de el vicio no se ocultó aun á los mismos Gentiles: porque para este conocimiento basta la razon natural; y así pintó hermosamente Virgilio la distincion de una, y otra senda en estos versos:

Nam via virtutis dextrum petit ardua collem,
Difficilemque aditum primum spectantibus offert;
Sed requiem prebet fessis in vertice summo.
Molle ostentat iter via lata; sed ultima meta
Precipitat captos, voluitque per ardua saxa.

43. Habiendo yo algun tiempo há dictado la siguiente Carta á un Monge de mi Religion, para una hermana suya, persuadiéndola á que se hiciese Religiosa, con el motivo de representarle mas conveniencias temporales dentro del claustro que en el siglo; me pareció conveniente ingerirla aquí, porque pertenece al argumento que seguimos en este capítulo, y le esfuerza mucho.

CAR-

CARTA

De un Religioso á una hermana suya, exhortándola á que prefiriese el estado de Religiosa al de casada.

“Otra vez, hermana mia, y con distinto modo vuelvo á combatir tu resistencia sobre el asunto que tantas veces lo ha sido de nuestras conversaciones; esto es, persuadirte á que abrasces el estado Religioso. Ya hacia cuenta de que se me habian acabado las armas para esta empresa, pues no me sugirió alguna mi discurso, cuya eficacia no haya burlado, ó tu agudeza, ó tu indocilidad. Mas ahora me ha ocurrido usar de otras bien diferentes, y aun bien impropias, si se consulta la opinion comun; pues dexando aparte las importancias de aquel estado, para llegar á nuestro último fin, he de tentar reducirte por el camino de la conveniencia temporal.

“Ya me parece que te veo extrañar el intento, y aun darle el nombre de desvario, como que esto sea lo mismo que querer que vuelles al Cielo, sin apartarte de la Tierra, ó que navegues al otro emisferio, sin perder de vista la orilla. Dirás que no deben buscarse conveniencias temporales en la Religion; y que, aunque se busquen, no se hallan. A lo primero facil, y brevemente satisfago, con que las que te propondré, así como licitamente pueden gozarse, tambien sin delito pueden apetecerse; mayormente siendo de tal calidad que no perjudican, antes conducen á la vida espiritual. A lo segundo no niego que así se piensa comunmente. Mas á la verdad, el mundo está tan ciego, que basta que sea el dictamen mas valido, para ser el mas errado.

“No ignoro las espinas de la Religion, y las flores de

de

»de el siglo. El error está en juzgar que aquellas son es-
 »pinas sin flores, y estas flores sin espinas. ¡Qué tanto ma-
 »yores asperezas encuentra la experiencia en las ame-
 »nidades de el mundo, que en los rigores de el Claus-
 »tro!; O si vieras las lágrimas de tantos infelices que
 »las lloran! No quiero que consideres ahora aquellas,
 »á quienes la baxeza de el nacimiento, ó la falta de
 »industria, puso en el miserable estado de mendigar el
 »sustento, ó en el penoso afan de regar la tierra con
 »su sudor. Atiende solo á las mugeres de tu calidad, y
 »de tus medios. ¡A qué parte volverás los ojos, donde no
 »veas alguna que te los lastime con sus tragedias? Esta
 »gimiendo debaxo de la opresion de un tyrano, que
 »transformó en esclava á su consorte: aquella fugitiva
 »de los furoros de un zeloso, buscando un rincon don-
 »de salvar la vida: la otra sufriendo los distrahimien-
 »tos de un perdido, en cuya compañía solo ha halla-
 »do un hombre que la desprecie, sin que el discurso
 »le ofrezca remedio para no sentirlo.

»Dirás que estas son pocas, y mas razon hallas
 »para contarte en lo venidero entre muchas dichosas,
 »que entre pocas infelices: especialmente, quando en
 »las prendas que te adornan, tienes los instrumen-
 »tos para domesticar un genio indocil, en caso que ese
 »llegue á ser dueño de tu alvedrío.

»Muy engañada vives, y muy mal conoces la com-
 »plexion de el genio de los hombres, si fias tanto en
 »tus atractivos. No es su condicion apreciar lo precio-
 »so, sino lo raro. Solo estiman lo que no poseen; y si
 »les merece alguna atencion la alhaja poseída, es solo
 »quando la posesion no es segura. Mas llegando el ca-
 »so de no poder enagenarla, como sucede en nuestro
 »asunto, no solo la miran sin cuidado, pero aun con
 »tedio. La soberanía de el matrimonio muy pocos dias
 »consiente los privilegios de la hermosura. Es prenda
 »esta que con el tiempo se pierde; pero respecto de el
 »dueño de ella, mucho antes se pierde su estimacion.

»Ni

»Ni hay que fiar mas en las prendas de la alma.
 »Son estas á la verdad de un temperamento mas fuer-
 »te, y mas proporcionado para conservar mucho tiem-
 »po su valor. ¡Mas qué importa, si en aquel comercio
 »de las almas es el antojo quien pone precio á las co-
 »sas? Todo lo continuado enfada. No hace regalado á
 »manjar lo dulce, sino lo exquisito. El plato mas sa-
 »broso, muy repetido, engendra hastío. Aquel *siempre*
 »que se le atraviesa en la imaginacion al que posee de
 »por vida, llena de mirra, y acibar lo mismo que
 »goza. Nada tiene el hombre mas inconstante que el
 »gusto. En su aprehension mejora como mude; aun-
 »que mudando empeore. Resueltamente me atreveré á
 »decir, que para hacer mas durable su complacencia, le
 »estaría bien á la discreta poder hacerse tonta, y á la
 »hermosa transformarse en fea. La que tuviese juris-
 »dicción sobre sus facciones de alma, y cuerpo, para
 »mudarlas á su gusto, erigirla un tribunal ejecutivo
 »de las deudas de el cariño. Si el marido se tiene por
 »discreto, á tí que lo eres, te mirará con ceño, como
 »á quien le litiga, ó le usurpa la prerogativa de orá-
 »culo de la familia. Si no se imagina tal, aún estás mas
 »arriesgada á sus desvíos, considerándote un fiscal
 »inevitable de sus desaciertos.

»Supuesto, pues, que tus gracias no te conceden
 »inmunidad contra los infortunios, tampoco debes li-
 »sonjarte sobre el corto número de las mugeres desdi-
 »chadas. No son muchas, á la verdad, las que lo pare-
 »cen. Menos aún las que se quejan. Pero esto consiste
 »en que los sinsabores de el matrimonio, en parte los
 »oculta el rubor, y en parte la razon de estado. Tiene
 »el tálamo mil linages de disgustos, y muy agrios, pa-
 »ra quienes la modestia aun no ha hallado voces. Crée-
 »me sobre mi palabra, ya que no permite descender á
 »mucha individuacion esta materia.

»Pero en lo que se concede á las palabras, hallarás
 »harto motivo á sus temores. Las aborrecidas, ó des-
 »pre-

»preciadas de sus maridos son infinitas; y esto sin que
 »nadie lo entienda, porque se interesa en el silencio
 »el pundonor de uno, y otro consorte. En la muger es
 »mas fuerte la razon del disimulo; porque aprehen-
 »diendo como la mayor ignominia ser objeto del despre-
 »cio, tiene por lo mismo quexarse de esa injuria, que pu-
 »blicar su propia afrenta. Ni aun en las mayores impa-
 »ciencias violará el secreto; que para este intento tiene
 »muy pronta la vergüenza á cortar las marchas de la ira.
 »Pero, ¿ó qué horrendo martirio es para una mu-
 »ger padecer ultrages de quien desea adoraciones! Es-
 »to, aun sin la experiencia, lo conocerás en tí misma
 »como te registres el alma; sino es que en tu fábrica
 »haya omitido la naturaleza una propiedad, que es ca-
 »si esencia de ese sexó.

»¿Vés qué tan sensible es para una muger verse
 »aborrecida? Pues no lo es menos aborrecer. La cir-
 »cunstancia de aborrecido en el que es preciso vene-
 »rar como dueño, hace la sujecion intolerable, espe-
 »cialmente en aquel género de dominio. Es fastidiosí-
 »simo, sobre quanto se puede explicar, el íntimo co-
 »mercio de aquel estado, para quien mira con des-
 »agrado al acreedor de sus condescendencias. La mu-
 »ger en esta parte tiene mucho mas que sufrir; por-
 »que mas aprisionado el alvedrío, no goza la libertad
 »de templar el tedio de tan molesta compañía, hacien-
 »do algunas breves ausencias de su casa.

»Pues, hermana mia, si te he de decir abiertamen-
 »te lo que siento, muy pocas mugeres considero esen-
 »tiales de padecer por alguno de estos dos caminos. Haz
 »reflexion sobre lo que arriba te llevo dicho, de la ins-
 »table condicion de el gusto, de que en una continua-
 »da posesion, aun lo mas precioso está expuesto al des-
 »precio; y ajustada bien la cuenta, hallarás que en
 »muy pocos consorcios se puede pronosticar sino una
 »cortísima vida á las ternuras. Las rencillas de los vul-
 »gares nos ofrecen una prueba segura de esta verdad;
 »pues

»pues siendo así que tienen menos delicado el gusto,
 »y por tanto menos arriesgado el afecto á morir de el
 »accidente de el fastidio, segun pueblan el ayre de
 »clamores, parece el vínculo que los liga, cadena que
 »los molesta. Son fáciles de contar sus caricias, y no
 »hay guarismo para las quexas. No presumas menos
 »dolores en los nobles. Lloran mas, y tienen mas que
 »llorar; pero sus lágrimas vuelven á caer sobre el co-
 »razon, porque varios respetos les cierran la salida
 »de los ojos.
 »No me detendré en pintarte otras muchas desazo-
 »nes, de que pocos matrimonios se escapan; porque
 »como mas perceptibles, á nadie se esconden. Pero no
 »dexe de repasar tu memoria la multitud de cuidados
 »que tienen en continua tortura el corazon de una ma-
 »dre de familias. ¿Quénto desconsuelo si no hay hijos!
 »Y cuánto afan si los hay! ¿Qué vigilancia basta para
 »su buena educacion? Si salen malos, ¿qué disgustos
 »no ocasionan? Si son muchos, ¿qué congojas al pen-
 »sar en el modo de darles estado á todos? ¿Qué dolor
 »si muere alguno? Trabajaos fecundidad la de las ma-
 »dres! Pues los dos extremos opuestos de nacer, y mo-
 »rir los hijos, todo ha de ser á costa de sus dolores.
 »Añade á esto la atencion continua que pide el gobier-
 »no de la hacienda, y de la casa, las inquietudes de
 »los pleytos, los atrasos domésticos. Y por decirlo en
 »una palabra, si nos manifiesta el corazon una madre
 »de familias, no habrá momento en que no le veamos
 »atravesado de la espina de algun cuidado penetrante.
 »Y especialmente en estos tiempos, en que el mundo
 »se ha puesto de tan mal semblante, que no puede mi-
 »rarse sin horror; y las lágrimas de este valle ya he-
 »chas diluvio, crecieron hasta inundar el mas eleva-
 »do monte: quiero decir, que el nacimiento mas alto
 »está sujeto á varios rebeses de la fortuna, de cuyos
 »insultos antes se juzgaba privilegiado.
 »Vuelve ahora al retiro de una Religion: los ojos,
 »aun

«aunque no sea sino por descansarlos de la fatiga de
 «mirar tantos objetos funestos. ¡O qué distinto teatro
 «es este! Hay aquí (no se puede negar) varias penali-
 «dades; pero tan proporcionadas á la flaqueza del sexo,
 «que á la mas debil le sobran fuerzas para el gráva-
 «men. El principal consiste en algunas horas de Coro,
 «distribuidas de modo que no alteran las de el sueño.
 «Y aun esto no sé si lo llame trabajo; porque siendo
 «la Oracion vocal devoción, como innata á las muge-
 «res, parece que Dios les ha colocado el mérito en lo
 «que para ellas es gusto. En todo lo demas, las leyes
 «tan moderadas, como dictadas por la prudencia, y
 «administradas por la caridad. Este es un imperio don-
 «de reyna el amor. Quantas compañeras tuvieres, otras
 «tantas hermanas tendrás, que en la afliccion te consue-
 «len. La tranquilidad de ánimo con que se vive, es es-
 «timable sobre todos los tesoros de la tierra. ¿Y qué
 «precio hay que pueda igualar aquella ociosidad de
 «cuidados? Pues la particular no tiene que pensar, ni
 «en la familia, ni en la hacienda, ni aun en el susten-
 «to propio. Toda la solicitud se la llevan Dios, y el
 «alma. De aquí depende haber Conventos, donde las
 «mas de las Religiosas á porfia huyen de ser Preladas,
 «no tanto por virtud, quanto por conveniencia; por-
 «que saben que lo pasan mejor siendo súbditas.
 «¿Acaso te horrorizará una clausura continua? A esta
 «dificultad no tendría que decirte, si consultase solo
 «á mi discurso; pero gracias á Dios que puedo usar de
 «luces mas sagradas para disipar esas sombras. Es ca-
 «ssi increíble lo que voy á decirte. Habiendo frecuen-
 «tado algun tiempo los Confesionarios de las Religiosas,
 «ninguna hasta ahora, en la manifestacion de su con-
 «ciencia, me tocó la materia de clausura. A ninguna
 «jamás oí ni el menor desconsuelo de padecerla, ni la
 «mas leve tentacion de violarla. Esto en lo natural pa-
 «rece que no cabe; pero gusta Dios muy especiales
 «atenciones con sus Esposas, suavizándoles, aunque

«sea á costa de milagros, las prisiones en que le han
 «sacrificado su libertad.
 «Casi lo mismo sucede en la observancia de otra
 «obligacion, no menos esencial, que en la apprehension
 «de los espíritus plebeyos trahe achacosa la quietud
 «interior de las Religiosas. Y es, que estos, puesta
 «siempre la mira en la villana condicion de nuestra na-
 «turalaleza, no tienen ojos para las maravillas de la gra-
 «cia. ¡Notable error, no distinguir lo que pueden Dios,
 «y el hombre, de lo que puede el hombre solo! Y gran
 «temeridad aventurarse á adivinar qué producirá la
 «tierra de que somos formados, sin hacer cuenta del
 «beneficio del cultivo, y de los influxos de el Cielo! ¿Qué
 «importa lo fragil de nuestro sér, si quien hizo el todo
 «de la nada, mas facilmente podrá transformar el bar-
 «ro en oro, y fabricar un diamante de un vidrio? La
 «experiencia enseña, que en el Reyno de la Gracia,
 «no menos que en el Imperio de la Naturalaleza, de
 «materiales muy débiles forma Dios piedras preciosas
 «muy duras.
 «Fuera de que no es menester recurrir á tan sagra-
 «do asilo para repeler la injusticia de sospecha tan vi-
 «llana. Dentro de lo natural sobran armas para la de-
 «fensa: porque no es el temperamento de la mugeres,
 «por lo comun, qual estos rudos le imaginan: ni han
 «llegado á los umbrales de la verdadera Filosofia los
 «que juzgan su complexion tan vidriada. Si lo es en al-
 «gunas, es porque con sus propios excesos la hicie-
 «ron enfermiza. Así, que hay cierta especie de pasiones,
 «en quienes quien nunca ha sido vencido, apenas tie-
 «ne que vencer. Y aunque en lo general los vicios son
 «hijos de las pasiones, se puede decir con alguna pro-
 «piedad, que hay pasiones que son hijas de los mis-
 «mos vicios. Ociosamente he dexado correr en este ar-
 «gumento la pluma, pues para tí es escusada la adver-
 «tencia, y los ignorantes, á quienes reprehendo, no
 «son capaces de entender lo que les digo.

»Ultimamente, para que acabes de formar concepto de lo que te está mejor, propondré á tu consideracion, una notable diferencia que hay entre uno, y otro estado, por lo que mira al placer de la vida; y ves, que en el de la Religion siempre tu estimacion ha de ir á mas: en el de el siglo siempre ha de ir á menos. Pesa bien esta desigualdad en la balanza de tu discurso. En el mundo, donde solo es respetada la edad floreciente de tu sexó, así como fuéres contando días, irás descontando adoraciones. O con qué dolor verás cómo se va despintando tu belleza en el espejo, y al mismo paso le va faltando á ese ídolo el culto. Créeme, que no hay muger que á sus solas no se quexe amargamente de el tiempo, siempre que contempla cómo le va robando poco á poco el mérito, y el aplauso. Experimentarás que el mas obsequioso, el mas fino, irá insensiblemente haciendo tránsito de el cariño á la tibieza, de aquí al olvido, y últimamente al desprecio: que en aquella postrimer edad se les escasea á las mugeres aun el tributo de las urbanidades. Son miradas de los domésticos como embarazo de la casa; y de los estraños, como número inútil de el Pueblo.

»Al contrario en la Religion, irá creciendo tu veneracion con la edad. En aquella República se mira con otros ojos el mérito de las mugeres. La hermosura, el donayre, el garvo, son alhajas de que no se hace aprecio; toda la estimacion se guarda para la experiencia, la madurez, y el juicio. El nombre de anciana, que en el siglo se oye como injuria, en el claustro se escucha como lisonja. Al favor de las leyes, como se fueren multiplicando tus años, se irán aumentando tus prerrogativas. Y quando llegues á aquella última porcion inútil de la vida, atenderá cuidadosa la Religion á tu servicio, y consuelo, sin fatigarte con el peso de obligacion alguna. De este modo, con ánimo tranquilo, y sereno, sin la inquietud de el mas le-

»ve

»ve cuidado, irás disponiendo dulcemente tu viage de el tiempo á la eternidad.

»Esto es, hermana mia, lo que se me ha ofrecido representarte, para el efecto de moverte á elegir lo mejor, en lo que tanto importa acertar. Ruegote que leas con atención este escrito; y bien que te sea molesto por su asnto, míralo con afecto, siquiera por ser un mensagero mudo de quien te quiere tanto. No deseo sino tu bien. Tu feliz suerte la cuento por una de las partes esenciales de mi dicha. Por eso solicito con tanto ardor que la conozcas, y la elijas; pero sin emplear otro medio que el de la persuasión, escusando aun el del ruego. Tanta abstraccion pide el intento; pues no es capaz de otra fuerza que la que hicieren las razones. Son tan soberanos los fueros que goza el alvedrío en la eleccion de estado, que los ofende aun la súplica. Solo acometiendo á vencer el entendimiento, es lícito emprender la conquista de la voluntad. Este es un empeño solo de mi razon con la tuya, quedándose perfectamente neutral el cariño; y así en mi hallarás siempre el mismo, que te rindas á mis sugerencias, que las repruebes; y aun acaso mayor, si una errada eleccion te hiciere poco feliz: que un sentimiento compasivo da mas ternura al afecto. En fin, en todas fortunas, y en todos acontecimientos soy tuyo.

Esta Carta hizo el efecto que se deseaba; y la Señora para quien se escribió, es hoy muy observante Religiosa en un Convento Cisterciense.